

## Menosprecio de la literatura y alabanza de filosofía: Huarte de San Juan y la imaginación vigilada

Felice Gambin

1. En los siglos de Oro era tópico hablar de la fuerza de la imaginación. El tema tiene una especial relevancia en las reflexiones religiosas, filosóficas, artísticas y literarias de la época. Desde la antigüedad, la imaginación, enmarcada en la teoría humana del conocimiento, se presenta de manera muy equívoca. Aristóteles, al exponer sus reflexiones sobre este tema, adoptando una postura crítica con respecto a Platón, define la imaginación como una potencia del alma a medio camino entre el sentir y el pensar, facultad mediadora entre los sentidos y el intelecto. Aunque en Aristóteles la imaginación ocupa un lugar privilegiado con respecto a Platón, aquél no evita mencionar los peligros que ésta representa a nivel cognitivo.

En el *Examen de ingenios para las ciencias*, Huarte de San Juan lleva a cabo una amplia revisión de las diferentes doctrinas y teorías desplegadas acerca de la imaginación y sus relaciones con las demás facultades humanas, criticando, defendiendo y apoyando aquellas que permitían clasificar a los hombres de acuerdo con su grado y tipo de ingenio.

El volumen, editado por primera vez en Baeza en 1575, con la multitud de distinciones, que a partir de la autoridad de los clásicos y de su propia experiencia personal Huarte hace de las funciones de la imaginativa, constituye un punto de referencia imprescindible para el debate sobre la imaginación. Se trata de una facultad tan difícil de conceptualizar con precisión, a medio camino entre las vías del conocimiento y del error, que en la época, con más fuerza que antes, se vincula también con el temor de una *vis imaginativa* capaz de alimentar la creencia en encantamientos, magias, brujerías. Basándose en los principios de las ciencias naturales, el médico navarro clasifica las «muchas diferencias» de la imaginativa<sup>1</sup>. A esto se debe, entre otras cosas, el éxito del *Examen*, sus numerosas ediciones españolas y extranjeras, las influencias que ejerció y los plagios de que fue objeto<sup>2</sup>.

---

1 En esta perspectiva no extraña la atenta lectura que Ludovico Antonio Muratori, en su vejez, hizo del libro de Huarte al momento de escribir en 1745 sobre los poderes de la imaginativa (cfr. *Id.*, *Della forza della fantasia umana*, introduzione e cura di C. Pogliano, Firenze, Giunti, 1995).

2 Cfr. M. Iriarte, *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios. Contribución a la historia de la psicología diferencial*, Madrid, C.S.I.C., 1948, 102-134; G. A. Pérouse, *L'Examen des Esprits du Docteur Juan Huarte de San Juan. Sa diffusion et son influence en France aux XVI et XVII siècles*, Paris, Les Belles Lettres, 1970; M. Franzbach, *La traducción de Huarte por Lessing (1572). Recepción e historia de la influencia del "Examen de Ingenios para las Ciencias" (1575) en Alemania*, trad. del alemán por L. Ruiz Hernández, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1987; E. Arquiola, «Consecuencias de la obra de Huarte de San Juan en la Europa moderna», Huarte de San

Desde el comienzo del libro queda claro que la imaginación está encajada en el clásico esquema de las tres potencias mentales residentes en el cerebro: memoria, entendimiento, e imaginativa, relacionadas respectivamente con la humedad, la sequedad, y el calor<sup>3</sup>.

Puesto que dichas potencias son opuestas y contrarias, resultan antagónicas también los tres diferentes tipos de ingenio derivantes de ellas. Debajo de estas tres diferencias, por la variable intensidad que las cualidades pueden adquirir, hay muchas otras diferencias de ingenios<sup>4</sup>. Hasta aquí, Huarte aplica decididamente la doctrina de los grados de Galeno. Pero además el excesivo aumento del calor, la humedad o la sequedad va acompañado de una pérdida de la imaginación, la memoria o el entendimiento, respectivamente<sup>5</sup>. En este sentido, según Huarte, si es verdad que las obras de la imaginativa se hacen con el calor, superando el tercer grado, comienzan a desbaratar.

Que el hombre, naturalmente, sea un ser en continua tensión, inestable, parece la convicción íntima de Huarte sobre la que funda sus consideraciones acerca de las manifestaciones extremas de la imaginación. Cuando la imaginativa sube de punto engendra cosas tan delicadas, tan verdaderas y prodigiosas que pueden ser consideradas divinas o demoníacas por todos aquellos que no sepan filosofía natural. Frente a estas situaciones, ya sea por impaciencia, ya sea por arrogancia, los legos de la filosofía natural implican a Dios en el curso de los sucesos e inventan milagros donde no los hay, creyendo así de honrarlo y engrandecerlo<sup>6</sup>. Casos tan prodigiosos como los de hombres caídos en alguna enfermedad melancólica y de rústicos que echan a hablar con mucha elocuencia y sabiduría o que se ponen a escribir versos, cuando estando sanos jamás lo supieron hacer. De los vínculos entre imaginación, melancolía y poesía, y del grande e interesantísimo debate que encontramos en los tratados españoles de los Siglos de

---

Juan, I, 1989, 15-28. Sobre las traducciones italianas, aunque mucho queda por investigar, permítaseme remitir a mis trabajos «La traduzione e la trasmissione del testo: Juan Huarte de San Juan, *Esame degli ingegni* a cura di Raffaele Riccio», en *Del Tradurre: 2*, Roma, Bulzoni, 1995, 97-100 y «La recepción y difusión en Italia del *Examen de ingenios para las ciencias* de Huarte de San Juan», en *Filosofía y literatura en el mundo hispánico*, ed. de A. Heredia Soriano y R. Albares Albares, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1997, 409-425.

3 Recuerdo que «el temperamento de las cuatro cualidades primeras (calor, frialdad, humedad y sequedad) se ha de llamar naturaleza, porque de ésta nacen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta tan gran variedad que vemos de ingenios». Está en Huarte de San Juan, J., *Examen de ingenios para las ciencias*, ed. de G. Serés, Madrid, Cátedra, 1989, 244. Nótese que, de acuerdo con Galeno, el navarro considera la frialdad inútil para todas las obras del alma racional.

4 *Cfr. Ibidem*, 341.

5 *Ibidem*, 342: «aunque el entendimiento se aprovecha de la sequedad, pero tanta puede ser que le consume sus obras; lo cual no admite Galeno ni los filósofos antiguos, antes afirman que si el cerebro de los viejos no se enfría, jamás venían a caducar aunque se hiciesen en cuarto grado secos. Pero no tienen razón por lo que probaremos en la imaginativa; que, aunque sus obras se hacen con calor, en pasando el tercer grado luego comienza a desbaratar. Y lo mismo hace la memoria con la mucha humedad».

6 En esta perspectiva, en el *Examen* encontramos también la fábula didáctica de un gramático y de un filósofo natural dialogando con un labriego sobre la falta de productos en un campo, el primero acude a la voluntad de Dios y el segundo la explica por la falta de cultivo (*cfr. Ibidem*, 236).

Oro, no diré nada, ya que lo he analizado, hace poco, en mi tesis doctoral<sup>7</sup>.

Hoy tampoco me interesa matizar si efectivamente existen en la literatura española de la época ejemplos que confirmen las hipótesis de Huarte. Conocido es de todos el caso de la obra cervantina, saturada de la presencia del *Examen*, si damos crédito a los trabajos de Salillas, el padre Iriarte y Weinrich<sup>8</sup>; a este respecto, cabría plantear si a Cervantes le es familiar la doctrina de los temperamentos y las habilidades y el mundo de la ilusión, claves de la enfermedad melancólica, simplemente por ser parte de la visión del hombre y del mundo de la época o si le llega a través de su formulación en Huarte. Esta doctrina y estas teorías impregnan, aun antes que la obra cervantina, los análisis de muchos médicos de la época que de manera obsesiva debaten el tema de la melancolía, a veces incluso utilizadas con implicaciones burlescas y paródicas. Todo esto, por supuesto, abre nuevos rumbos a las relaciones entre Cervantes y Huarte, a las huellas del libro del médico navarro en las posteriores poéticas de Pinciano, Carballo y Cascales, entre otros<sup>9</sup>. De hecho, a mi modo de ver, llama la atención que se siga hablando de las huellas del libro de Huarte en la literatura, sin haber abordado previamente los elementos de novedad que introduce respecto a los muchos tratados que se escribieron sobre los mismos temas en la España de finales del siglo XVI y principios del siglo XVII; sin ese examen previo sigue siendo difícil establecer hasta dónde se extiende la huella del *Examen* y cuánto deben las diferentes obras a las formulaciones de la «enciclopedia» del periodo.

2. Mi propósito hoy es muy elemental: propongo aquí el simple y modesto ejercicio de releer algunos pasajes de la intrincada obra de Huarte sobre la literatura, mejor dicho: las partes de la misma que señalan la imaginativa como aspecto fundamental de la ficción artística, y no sólo de ésta.

De las tres potencias del alma racional, la memoria queda reducida, más allá de sus variedades y distinciones, a una facultad pasiva incapaz de toda creación cuya tarea es guardar las figuras de las cosas. El entendimiento es una facultad activa, tiene fuerza y virtud de engendrar ideas y conceptos; es la potencia más noble y de mayor digni-

7 Gambin, F., *Momenti del dibattito sulla malinconia nella Spagna fra Cinque e Seicento*, Pisa, Università degli Studi di Pisa, Anno Accademico 1996-1997.

8 Salillas, R., *Un gran inspirador de Cervantes. El Doctor Juan Huarte y su Examen de los Ingenios*, Madrid, Librería general de Victoriano Suarez, 1905; Iriarte, M., *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios*, cit., sobre todo 311-332; Weinrich, H., *Das Ingenium don Quijotes. Ein Beitrag zur literarischen Charakterkunde*, Münster, Aschenndorffsche Verlagsbuchhandlung, 1956. Pero la bibliografía es tan abundante que prácticamente es imposible encontrar a un estudioso que no apunte de alguna manera a las relaciones entre Huarte y Cervantes.

9 La bibliografía también es ingente, me limito a destacar, entre muchos otros, a Shepard, S., *El Pinciano y las teorías literarias del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1970 (2ª ed.); Torre, E., *Ideas lingüísticas y literaria del doctor Huarte de San Juan*, prólogo de V. Lamiquiz, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1977; *Id.*, *Sobre lengua y literatura en el pensamiento científico español de la segunda mitad del siglo XVI. Las aportaciones de G. Pereira, J. Huarte de San Juan y F. Sánchez el Escéptico*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1984, sobre todo 117-166; Porqueras Mayo, A., *La teoría poética en el Renacimiento y Manierismo españoles*, Barcelona, Puvill, 1989.

dad<sup>10</sup>. La imaginativa es facultad «puente» que, merced a los espíritus vitales, permite a las «cogitaciones» (en su sentido genérico las respuestas a los impulsos exteriores que nos trae el sentido común) ser conceptualizadas en el intelecto o guardadas en la memoria. La imaginación es pues –como ya se leía en el *De Anima* (432 a 17)– la condición necesaria de la inteligencia: «nihil potest homo intelligere sine phantasmata».

Hasta aquí Huarte recurre al sistema de la medicina hipocrática y galénica y a las doctrinas de Platón, Aristóteles y Avicena. Da un paso adelante cuando intenta relacionar las potencias y facultades con las artes y profesiones, proporcionando así al lector, como avisa en el título de la obra, un método riguroso para distinguir y conocer las diferencias naturales del ingenio humano, con vistas a que toda persona ejercite sólo aquella ciencia en que más ha de aprovechar, para que, al fin y al cabo, la «república» utilice racionalmente todos los talentos<sup>11</sup>. La originalidad está en la combinación, ya que –conviene recordarlo– la idea de la variedad de aptitudes en los hombres y la necesidad de su conocimiento es un tópico renacentista, que podemos rastrear en Vives y en Nebrija, pero también en el beato Juan de Ávila, que fue fundador de la universidad de Baeza, ciudad «matriz de alumbrados, de saberes y de libros»<sup>12</sup> donde Huarte pasó casi toda su vida. La selección es importantísima ya que a cada ingenio le puede corresponder solamente una ciencia determinada. Para Huarte,

si el hombre tiene grande entendimiento (por la mucha sequedad), no puede aprender las ciencias que pertenecen a la imaginativa y memoria; y si grande imaginativa (por el mucho calor), queda inhabilitado para las ciencias del entendimiento y memoria; y si grande memoria (por la mucha humedad) [...] para todas las ciencias.<sup>13</sup>

En este principio de selección fundado en la naturaleza, en el ingenio y no en la limpieza de sangre, se sitúan las artes y ciencias que el hombre puede estudiar y debe ejercitar. Según la disposición natural, porque de ésta nace toda la variedad de ingenios y no de las almas racionales que son todas de igual perfección, Huarte distingue entre:

*Las artes y ciencias que se alcanzan con la memoria son las siguientes: gramática, latín y cualquier otra lengua; la teórica de la jurispericia; teología positiva; cosmografía y aritmética. Las que pertenecen al entendimiento son: teología escolástica; la teórica de*

10 Pero aunque el entendimiento sea la potencia más noble del hombre, «ninguna hay que con tanta facilidad se engañe acerca de la verdad como él» (*Ibidem*, 478).

11 Todo en el libro responde a tales objetivos. Acerca de este tema y de sus implicaciones, véase, por lo menos, G. Serés, «Huarte de San Juan: de la "naturaleza" a la "política"», *Criticón*, 49, 1990, 77-90.

12 A este propósito *cfr.* Huerga, A., «El "Examen de ingenios" y los fenómenos místicos», en *Historia de los alumbrados. II. Los alumbrados de la Alta Andalucía (1575-1590)*, Madrid, F.U.E., 1978, 341-369.

13 Huarte, *Examen de ingenios*, cit., 574.

la medicina; la dialéctica; la filosofía natural y moral; la práctica de la jurispericia que llaman abogacía. *De la buena imaginativa nacen todas las artes y ciencias que consisten en figura, correspondencia, armonía y proporción. Estas son:* poesía, elocuencia, música, saber predicar, la práctica de la medicina, matemáticas, astrología, gobernar una república, el arte militar; pintar, trazar, escribir, leer, ser un hombre gracioso, apodador, pulido, agudo *in agilibus*, y todos los ingenios y maquinamientos que fingen los artifices; y también una gracia de la cual se admira el vulgo, que es dictar a cuatro escribientes juntos materias diversas, y salir todas muy ordenadas.<sup>14</sup>

El vínculo entre imaginación, poesía y calor que ésta última necesita, vínculo antiquísimo como la relación entre poesía, inspiración, raptó, entusiasmo es un topos. Huarte no niega que sea menester poseer una buena imaginativa para ser poeta y que éste es «ingenium excellens cum mania»<sup>15</sup>; no pretende tampoco alegar razones contra el parecer de quien afirma que «Marco siracusano era más delicado poeta cuando estaba, por el calor demasiado del cerebro, fuera de sí»<sup>16</sup>.

Para el médico navarro el poeta sigue adivinando y sigue profetizando. Pero hay algo más. Lo que se declara en el *Examen* es, en primer lugar, que si el poeta sale fuera de sí no es por revelación divina, sino por causa natural, como lo confirman también los casos de personas que, por calentamiento cerebral, muestran inimaginables capacidades. Es por su particular naturaleza, por su temperamento, por lo que él adivina y profetiza. En segundo lugar, Huarte afirma que la diferencia de imaginativa que pide la poesía (los tres grados de calor) «echa a perder totalmente el entendimiento»<sup>17</sup>. El adivinar y el profetizar del poeta no están ligados al entendimiento.

Los muchos pasajes sobre la poesía sirven por lo tanto para documentar la incompatibilidad entre las cualidades de los poetas y las de los hombres de juicio. No es casual, entonces, como notó el mismo Aristóteles, que «Marco siracusano era mejor poeta cuando salía fuera de juicio»<sup>18</sup>. Desde luego «el hombre cuerdo y que está en su libre juicio no puede ser poeta»<sup>19</sup>. Y pruébalo Huarte recordando que Sócrates, juzgado por el hombre más sabio del mundo, nunca supo hacer un verso. Tampoco es fortuita la posición de la poesía, como él mismo confiesa en el capítulo VIII: «En el catálogo de las ciencias que pertenecen a la imaginativa pusimos al principio la poesía, y no

14 *Ibidem*, 395-396 (énfasis mío). Nótese que lo propio de las artes y ciencias que se alcanzan con la imaginativa (figura, correspondencia, armonía y proporción) recuerdan la codificación gracianesca del «lenguaje literario», la reflexión del jesuita sobre algunos artificios del ingenio y la agudeza. A este propósito cfr. Gracián, B., *Agudeza y Arte de Ingenio*, edición de E. Correa Calderón, 2 vol., Madrid, Castalia, 1980 (2ª ed.).

15 Huarte, *Examen de ingenios*, cit., 202.

16 *Ibidem*, 312.

17 *Ibidem*, 405.

18 *Ibidem*, 404.

19 *Ibidem*, 405.

acaso ni con falta de consideración, sino para dar a entender cuán lejos están del entendimiento los que tienen mucha vena para metrificar»<sup>20</sup>.

No entro en el tema, interesantísimo, del por qué, cuando predomina el entendimiento, se inclinan los hombres a la virtud, y por qué éstos por ser faltos de imaginativa de todos se fian, «no valen nada para dar y tomar las trapazas del mundo»<sup>21</sup>. Merece la pena recordar que si en la figura del rey Felipe II van prodigiosamente unidos grande entendimiento, mucha imaginativa y memoria, la búsqueda de los raros ingenios, que juntan imaginativa y entendimiento, se detiene frente al melancólico adusto, figura en la cual —echando mano de un lugar bíblico de Mateo (X, 16)— la rectitud y simplicidad del entendimiento cohabita con los embustes y mañas de la imaginativa.

3. Dejando de un lado estas apasionantes cuestiones del *Examen*, apuntamos a los vicios principales de la imaginativa: soberbia, gula y lujuria<sup>22</sup>. Huarte lo marca insistentemente: «los que tienen mucha imaginativa son coléricos, astutos, malinos y cavilosos, los cuales están siempre inclinados a mal y sábenlo hacer con mucha maña y prudencia»<sup>23</sup>; «los hombres de grande imaginativa, ordinariamente son malos y viciosos»<sup>24</sup>; «los que tienen mucho calor son hombres de grande imaginativa, y la misma calidad que los hace ingeniosos, esa misma les convida a ser malos y viciosos»<sup>25</sup>. Una vez apurado esto, es decir la relación entre ingenioso, malo y vicioso, y pensando en las relaciones resaltadas por mucha crítica cervantina entre *El ingenioso hidalgo don Quijote* y el *Examen de ingenios*, ¿dónde colocamos al ingenioso hidalgo si pretendemos explicarlo con Huarte? ¿Y cómo interpretamos la calificación «ingenioso» que Cervantes pone de relieve hasta en el título de su novela?

El intento de comprender los pasajes de Huarte que indican la imaginativa como aspecto fundamental de la ficción artística, no me deja atreverme a caminar (como la cabra y los ingenios caprichosos<sup>26</sup>) por los riscos y alturas del tema. Volvamos por lo tanto a nuestro asunto, señalando que las ciencias y artes que se alcanzan con la

---

20 *Ibidem*, 403.

21 *Ibidem*, 373.

22 *Cfr. Ibidem*, 454. Sobre esto, aunque de paso, se detuvo también Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, C.S.I.C., 1974 (4ª ed.), I, 619-620.

23 Huarte, *op. cit.*, 452-453

24 *Ibidem*, 455.

25 *Ibidem*.

26 Sobre el andar de la cabra y los ingenios inventivos remito a un pasaje del mismo Huarte, *Examen de ingenios*, cit., 344-345: «A los ingenios inventivos en lengua toscana llaman *caprichosos*, por semejanza que tienen con la cabra en el andar y pacer. Esta jamás huelga por lo llano; siempre es amiga de andar a sus solas por los riscos y alturas, y asomarse a grandes profundidades; por donde no sigue vereda ninguna ni quiere caminar con compañía. Tal propiedad como ésta se halla en el ánimo racional cuando tiene un cerebro bien organizado y templado: jamás huelga en ninguna contemplación, todo es andar inquieta buscando cosas nuevas que saber y entender».

imaginativa muestran un carácter lúdico<sup>27</sup>. Un buen testimonio de que en éstas se hallan ausentes los ecos de la utilidad deleitosa es el de los hombres de gran entendimiento, los filósofos naturales y los teólogos escolásticos, que no son capaces de componer frases elegantes, que no utilizan dulces palabras, que no hablan con graciosas maneras, como bien saben hacer los que poseen la virtud de la poesía.

Esto tiene su explicación en la definición de la imaginativa. Si, como había mostrado el mismo Huarte, el calor de la imaginativa «levanta las figuras y las hace bullir, por donde se descubre todo lo que hay que ver en ella»<sup>28</sup>, o sea que el alma racional nada entiende «sine phantasmate», su capacidad fantástica le permite no solamente componer «una figura posible con otra, pero aun las que son imposibles [...] y de ellas vienen a hacer montes de oro y bueyes volando»<sup>29</sup>. La imaginativa se parece a un perro ventor que husmea, busca y trae la caza a la mano, pero que sabe también inventarse caza inexistente: «la imaginativa –afirma– escribe en la memoria las figuras de las cosas que conocieron los cinco sentidos y el entendimiento y otras que ella misma fabrica»<sup>30</sup>.

Es propio de la imaginativa crear «montes de oro y bueyes volando»<sup>31</sup>. A partir de estas consideraciones Huarte sostiene que los hombres de imaginativa «se pierden por leer en libros de caballerías, en Orlando, en Boscán, en ‘Diana’ de Montemayor y otros así»<sup>32</sup>. Por una parte leemos que a las obras de ficción les conviene la imaginativa y por otra el autor nos confiesa su animadversión hacia este tipo de obras. Desde luego, Huarte podría aparecérsenos aquí como uno de los muchos intelectuales de la época que criticaron los libros de caballerías. Fue –como es sabido– un topos censurar y señalar los graves daños ocasionados por la lectura de los libros de caballerías, como lo fue condenar a los Orlandos, a los Boscanes y a las Dianas<sup>33</sup>. En la larga lista de condenas y censuras, muchas veces nada originales, encontramos autores que atacan estos libros de mentiras recurriendo a innumerables motivaciones, pero se va insistiendo sobre todo en dos aspectos: ético y estético. No faltan críticas que a partir de aquí plantean la cuestión de la legitimidad de toda literatura, que teorizan sobre sus fun-

27 Matiz lúdico que en los únicos versos recordados en el *Examen* vislumbran, no casualmente por lo tanto, un tono más que malicioso: «Acuérdome que su mujer de este frenético, y una hermana suya que se llamaba Marigarcía, le reprehendían porque decía mal de los santos. De lo cual enojado el paciente, dijo a su mujer de esta manera: “Pues reniego de Dios por amor de vos, y de Santa María por amor de Marigarcía, y de San Pedro por amor de Juan de Olmedo”. Y así fue discurriendo por muchos santos que hacían consonancia con los demás circunstancias que allí estaban» (*Ibidem*, 306-308).

28 *Ibidem*, 439.

29 *Ibidem*, 439 y 688.

30 *Ibidem*, 363 (énfasis mío).

31 *Ibidem*, 439.

32 *Ibidem*, 406.

33 Para un detallado análisis del tema, véase el reciente trabajo de E. Sarmati, *Le critiche ai libri di cavalleria nel Cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul Seicento). Un'analisi testuale*, Pisa, Giardini, 1996, que añade importantes testimonios a los anteriores trabajos de Menéndez y Pelayo, Bataillon, Krauss, Glaser, Riquer, Forcione, Eisenberg..., recogiendo hasta 93 testimonios, sin olvidar a Huarte.

damentos, que despliegan un amplio y floreciente debate sobre los conceptos de «imitación», «arte», «verisímil», «fábula» y muchos más. En esta óptica, resulta bastante atrevido afirmar que preceptistas como Pinciano o Carballo siguen el *Examen* o aplican simplemente las ideas del médico navarro sobre el temperamento y fisiología del hombre creador<sup>34</sup>. Contrariamente a lo que, entre otros, anota Porqueras Mayo, pasa algo muy distinto sobre todo en el *Cisne de Apolo*, donde el clérigo asturiano Carballo defiende, dignifica y valora por motivos religiosos la poesía, enlazándola con el entendimiento, considerándola, con Platón, «un hábito del entendimiento»<sup>35</sup>. Y aquí, a pesar de las coincidencias manifiestas del *Cisne de Apolo* con el *Examen*, sobresalen más bien las deslumbrantes y no matizadas diferencias.

De la misma manera, no se trata sólo de añadir un testimonio más, aunque tan importante como puede serlo el del médico navarro, a los que se lanzaron, partiendo de consideraciones éticas y estéticas, contra los libros de caballerías, los Orlandos y las Dianas. El interés, el rasgo de novedad del *Examen* con respecto a las censuras de «la caterva de los libro vanos de caballerías», es que no encontramos los argumentos éticos y estéticos sobre los cuales insisten sus contemporáneos: ya que el hilo conductor de la crítica y censura de Huarte es la filosofía natural. Y ésta es una novedad tanto más significativa cuanto que aparece en un volumen que marca un hito en su época, leído y traducido en toda Europa.

Al contrario de muchos escritores, que basándose en argumentos éticos y estéticos pretendían desterrar a los literatos de las repúblicas bien concertadas, Huarte, a través de la filosofía natural, sólo nos advierte de las características de éstos. Cabe aquí recordar que si en la cúspide de las artes, según el navarro, encontramos la teología escolástica, de todos los ingenios y de todas las ciencias necesita la «república». Todos los talentos inciden en la sociedad y brindan sus obras para su perfeccionamiento: «hay –escribe Huarte– ingenios determinados para una ciencia, los cuales para otra son disparatados»<sup>36</sup>, pero «no hay hombre en el mundo, por rudo que sea, a quien no le diese Naturaleza alguna habilidad para algo»<sup>37</sup>.

Pese a todo eso, y no obstante la imaginativa permita a las «cogitaciones» ser conceptualizadas en el intelecto o guardadas en la memoria y sea facultad del alma racional que más que la memoria y el entendimiento nos ayuda a sobrevivir en el mundo

---

34 Téngase en cuenta que Carvallo cita de manera directa a Huarte en tres ocasiones, *cf.* L. A., *Cisne de Apolo*, introducción, edición y notas de A. Porqueras Mayo, Kassel, Reichenberger, 1997.

35 A este respecto véanse, por lo menos, A. Porqueras Mayo, «Una defensa manierista de la poesía por motivos religiosos: el Cisne de Apolo (1602) de L. A. de Carvallo», en *Identità e metamorfosi del barocco ispanico*, ed. de G. Calabrò, Napoli, guida, 1987, 95-111 y, del mismo autor, la introducción y las notas a L. A. Carvallo, *Cisne de Apolo*, *cit.* Pero prácticamente no hay trabajo que no acepte la idea que Carballo sigue las teorías de Huarte. La encontramos, por ejemplo, en las páginas ya citadas de don Marcelino y del padre Iriarte y más recientemente también en el estudio de J. M. González, J. M., «Manierismo y contrareforma en Cisne de Apolo, de Luis Alfonso de Carvallo (1602)», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, LXI, 1985, 97-148.

36 Huarte, *op. cit.*, 224.

37 *Ibidem*, 214.

después de la caída, ella sigue alimentando también tentaciones y situaciones equívocas. Por ejemplo no debemos olvidar nunca que el grado de calor necesario para la poesía, ya suficiente para echar a perder totalmente el entendimiento, si excede «convida al hombre a ser hechicero, supersticioso, mago, embaidor, quiromántico, judiciario y adivinador»<sup>38</sup>.

Al afirmar eso el *Examen* plantea la cuestión, de importancia considerable en la época de la contrarreforma, de los efectos que la literatura produce en las mentes de los lectores, efectos que ella engendra por ser «arte» que pertenece a la imaginativa, por ser «ciencia» que consiste en figura, correspondencia, armonía, proporción. Dicho de otra manera, Huarte al hablar de la realidad de las imaginaciones pone de relieve la influencia que éstas engendran en los hombres de intensa imaginativa, *creibles* como aquéllas de muchos maníacos y melancólicos.

Mucho antes de la invención de los pergaminos del encantador Cide Hamete Benengeli, de la creación de personajes que no saben distinguir entre vida y ficción, de la múltiples perspectivas que van a revelarse con la conciencia de los efectos que la literatura ejerce en la fantasía de Alonso Quijano, pero también en las mentes del ventero, del duque y la duquesa, y de toda la gente, Huarte en su *Examen* invita pues a sus lectores:

1) a tener en cuenta la conexión de la ficción artística con los hábitos y tentaciones de la imaginación;

2) a recordar que las obras de la imaginativa nacen después del pecado de Adán;

3) a no olvidar que las construcciones de los hombres de gran imaginativa, aunque legitimadas por la filosofía natural, se revelan ambiguas y difícilmente diferenciables de la realidad.

En consecuencia los libros de caballerías, los Orlandos, los Boscanes, las Dianas y otros así –nos enseña el libro de filosofía natural que, según Quevedo, nadie supo igualar ni exceder en toda Europa<sup>39</sup>– pertenecen a un paradigma en el que la imaginación goza, naturalmente, de una libertad desmesurada hasta el arbitrio, desmadrada, más o menos la misma que caracteriza a muchos maníacos y melancólicos, y sobre todo a «magos, hechiceros, quirománticos, astrólogos y adivinadores»<sup>40</sup>. Bajo esta perspectiva el libro de Huarte se ofrecía a los hombres de gran imaginativa y a todos los lectores

38 *Ibidem*, 503.

39 Quevedo, F., *La España defendida y los tiempos de ahora*, en *Obras Completas. Obras en prosa. I*, Madrid, Aguilar, 1952, 295: «¿Cuál filósofo excedió ni igualó el *Examen de ingenios* nuestro?».

40 *Supra* nota 38. Existe, no cabe duda, diferencia de imaginativa entre el «poeta» y los magos, hechiceros, quirománticos, astrólogos y adivinadores, pero no es tanta, y nada si consideramos la inestabilidad y la continua tensión que naturalmente caracteriza al hombre. En esta perspectiva, sobre la fantasía de las brujas ha escrito con acierto, o quizá más bien ha adivinado, G. Poggi al afirmar que en Cervantes, por ejemplo, la imaginación, por una parte, sale legitimada a través de algunos personajes femeninos, y por otra parte que en sus ambiguas manifestaciones el narrador encuentra «l'inquieto confine con la finzione che percorre il suo universo», *cfr.* G. Poggi, *Le streghe di Cervantes (o del desiderio femminile narrato)*, Rivista di psicologia analitica. L'arte dell'immaginazione. L'immaginazione dell'arte, 1999, 119-130.

como abanico de sus atractivas posibilidades, como caliente y tortuoso alambique de la *vis imaginativa*.